

NÚMERO 31 / MARZO - ABRIL 2026

TACHES Y TACHONES

REVISTA BIMESTRAL DE LITERATURA, ARTES
Y ALGO MÁS



WWW.TACHESYTACHONES.COM

TACHES Y TACHONES
DIRECTOR Rodolfo O.
DIRECTORA EDITORIAL Patricia Castillejos
CONSEJO EDITORIAL Laura Pérez Martínez Angelina Rivas Avila Mónica Teresa Müller Alejandro Ordóñez
COLABORADORES Ítalo Mario Ruas Arias Ana Lourdes Ross Aguilar Marilú Ricalde Álvaro Sánchez Ortíz Felipe Nuñez Alhué Lighuén Mora Mündler Ari Guzmán
EDITORIAL Alejandro Ordóñez
DISEÑO Taches y Tachones
PORTADA Rodolfo O.

Editorial
Vientos de primavera.

Sí, parece que una vez más -oportuna, puntual-, regresa la primavera al hemisferio norte, como si fuera uno de los pocos rituales que a pesar de nuestros desatinos sigue funcionando en el planeta; qué bueno, la necesitamos, la anhelamos, la merecemos; de pronto los árboles nos cubren con su follaje, los campos reverdecen y las mujeres -como si fueran aves-, visten ropajes multicolores y dejan crecer entre la comisura misteriosa de sus piernas, la perfumada flor del sexo. El ambiente frío de las madrugadas se cubre por masas de aire tibio que animan a los corredores a continuar con sus rutinas. Terminan los rigores del invierno, la gente se mira en silencio y sonríe, prescinde de los abrigos y los suéteres, ya no es necesario jugarse la vida metiendo el brasero a la choza, la cabaña, el cuarto, con tal de dar un poco de calor a los críos... ¿pero cómo ser felices cuando sabemos que en distintas partes del mundo hay guerras, cómo reaccionar ante las lúgubres fotografías de esos cadáveres de niñas y niños que todavía ayer corrían por los patios de sus escuelas sin saber el triste destino que les aguardaba?; ¿cómo ser felices sabiendo que se multiplican los huérfanos de la guerra y que la gente hace enormes filas para conseguir un poco de comida para la familia?, porque los fantasmas de la aniquilación brutal y de la hambruna rondan por el planeta sin que parezca importarle a nadie, pues sólo los memoriosos se atreven a alertar sobre la similitud de lo ocurrido en los prolegómenos de la Segunda Guerra y la situación actual; la misma prepotencia de algunos gobernantes y la cobarde actitud de otros mandatarios que muestran indiferencia ante la cruda realidad; a todos ellos les vendría bien recordar que la historia habrá de juzgarlos y nuevos procesos como el de Núremberg se vislumbran desde ya en el horizonte

T A B L A D E
CONTENIDO

pg	Una ventana al mundo (poesía y cuento)
01	Burning man/ Felipe Nuñez
02	Remembranza sobre el Alzheimer / Felipe Nuñez
03	Rizomas / Alhué Lighuén Mora Mündler
04	Costuras / Alhué Lighuén Mora Mündler
05	Hotel Goya / Ari Guzmán
09	Secretos de estado/ Alejandro Ordóñez
11	Hot Cheeks /Álvaro Sánchez Ortíz
	Hablemos de libros
17	“Morir en la arena” de Leonardo Padura./ Marilú Ricalde
	El séptimo arte "Celuloide en llamas"
19	La ególatra búsqueda de la inmortalidad II / Italo Rúas
	El mundo y el arte
22	“La medicina prehispánica” de Chávez Morado/Ana Lourdes Ross Aguilar

BURNING MAN

por Felipe Nuñez

El vacío, el desierto, el calor...
Esa música arrastrándose entre la arena
...sin pudor.
Una valquiria con gafas de sol cabalga una bicicleta
olvidada... oxidada;
pantalón rasgado, cabello tornasolado y pies desnudos.
Un diablo cubierto de crema pastelera y pieles de pueblos
... desaparecidos...
Una creatura de paja alzándose en medio del terregal,
ansioso por ser incinerado,
no nació de una ocasión de la poesía
ni pudor de la imaginación.
Bolsas atiborradas de solipsismo,
crédito ilimitado, hartazgo y rumor.
Gula inmensa... una lanza sin retorno;
una comunidad que nunca fue comunidad.
Aquelarre nacido de un sortilegio
terminó encerrado en bolsos HERMES.
Una playa sin mar,
un mar seco de sal,
una isla sin árboles.
Mictlantecuhtli se ha vuelto a desmayar.
Cuánto sol y al mismo tiempo,
en tan breve momento,
...cuanta oscuridad...



REMEMBRANZA SOBRE EL ALZHEIMER

por Felipe Nuñez

...y me olvidé de mi sombra, de la luz en mi frente, en mis ojos
(incluso dejé de saber qué eran esos dos hoyos oscuros bajo la frente).
Me olvidé de mis rasgos en la ventana (¿Quién es ese en el espejo?)
Me olvidé de mi contorno en el espacio...
Día tras día vi disolverse mi faz, volverse polvo en el camino,
penumbra en un rincón de la habitación.
Solo quedó, indistinguible, una bruma cayendo sobre un blanco limbo.

Felipe Nuñez

Estudió en la Universidad Autónoma Chapingo.

Trabaja temas de medio ambiente, sistemas sociales y desarrollo rural. Siempre ha sido un indio remiso, ama "Les Fleurs du Mal " de Baudelaire e "Illuminations" de Rimbaud. Regresa una y otra vez a la poesía de Villaurrutia y de Gorostiza. Nunca deja de pensar en la narrativa de José Emilio Pacheco, José Agustín y Parménides García Saldaña, y tampoco termina de "alucinarse" con la poética resistente, hambrienta y a contra-corriente, de los Rupestres.
Ama las máximas infrarrealistas de Mario Santiago Papasquiaro, además del curado de nuez.

RIZOMAS

por Alhué Lighuén Mora Mündler

En la emergencia del momento
se desprende una alcancía
llena de mí
partiendo fugaz
presa de grumos
por los laberintos entre hojas

de los cipreses secos
al llanto
acudo súbitamente al gesto
emanado desde abajo
lo más profundo de la tierra
hacia lo tangible

apoyo una sospecha
luego otra
presiento la fragilidad

Alhué Lighuén Mora Mündler nació y creció en El Bolsón, provincia de Río Negro, Argentina, en 1992. Es Licenciado y Profesor en Composición, título otorgado por la Escuela de Música, Facultad de Humanidades y Artes de la UNR. El comienzo de su labor poética se remonta al año 2009, cuando hacía uso de su propia página web (blog) como lugar y recurso para dar visibilidad a sus escritos.

A día de hoy, cuenta con diversas publicaciones bajo el sello de Abisinia Editorial: la antología 'El libro del polen. Corredores verdes para aves y polinizadores' (Colombia, 2022), así como su primer poemario titulado 'A la intemperie' (Argentina, 2023). Por otra parte, cuenta con participación en medios radiales ('El Barco Ebrio', Radio UNR); así como publicaciones en revistas literarias de diversos países: Hablar de Poesía (Argentina), Revista Aullido (España), Argentina Poesía, Revista Literaria Cardenal (México), Revista Miaenmi (Argentina), Abisinia Review (Argentina-Colombia) y La Poesía Alcanza (Argentina).

Actualmente reside en Rosario, Santa Fe.

COSTURAS

por Alhué Lighuén Mora Mündler

Sé cómo termina esto
en el placer de retozar una herida
desgrano la piel con el mar instantáneo
las ofrendas han enmudecido
hasta los gustos están domesticados
en la ajena viscosidad de los cables
cesa el continuo movimiento
quedan las víctimas
los infiltrados
borran las costuras del ser
que se ensombrece apenas despierta el tacto



Tras el vidrio opaco de la recepción, una anciana se tronaba los dedos y acariciaba de cuando en cuando las llaves de la habitación especial mientras murmuraba: hoy es luna nueva. Con un trapo limpiaba con afán el escritorio y pensaba en Cicatriz, su mejor chica, quien supo cómo derramar vida en las entrañas del viejo edificio. «Pobrecita, ya hace dos años que el tal Pedro Silva la mató. ¡cuánta falta nos haces!, pensaba al tiempo que Guacheché, el enano botones, limpiaba con diligencia el espejo del cual salía un vaho oscuro.

—Guacheché, deja ahí y mejor ve a revisar que la habitación esté en orden.

El botones hizo caso y caminó hasta hundirse por las escaleras.

—Todo debe estar en orden cuando llegué una vez más nuestra “pluma preciosa”, rezaba la anciana cuando por la ventana entró el primer rayo del atardecer.

Santiago llevaba dos horas de espera en el andén del metro, unas veces sentado y otras de pie, le preguntaba al reloj por Nerim, como si éste pudiera decirle la hora exacta en que ella llegaría. Subió el volumen del teléfono cuando en los audífonos sonaron los primeros acordes de Muchacha ojos de papel de Spinetta... De pronto, se distrajo con las piernas de las chavas que le recordaban las de Nerim, quien, como presintiendo la infidelidad de pensamiento de su novio, le mandó un mensaje de texto: Mi amor, tardaré en llegar . A la mera hora mi jefa me que pidió le redactara una carta . TQM .

A lo que él respondió:

No te preocupes, aquí estaré . Besos .

Mientras esperaba, Santiago buscaba desesperadamente las palabras precisas para proponerle a Nerim el plan de

pasar juntos la noche en un hotel, mientras en sus oídos Spinetta cantaba: “Duerme un poco y yo entre tanto construiré/ Un castillo en tu vientre hasta que el sol...”

Al fin, a lo lejos, entre la multitud, Santiago halló, silueteadas en la falda color rojo granada, las piernas de su Nerim, quien se acercaba con calma, sus pies, dentro de sus sandalias, daban pasitos lentos, como si nada pasara, como si supiera que él siempre iba a estar esperándola. Él interrumpió a Spinetta, cuando éste cantaba: “Muchacha, pechos de miel/No corras más, quédate hasta el día”. Y entre el ruido estridente del andén, Santiago pensó con un suspiro: «¡Qué bonita es!» Se saludaron con un beso rápido y un abrazo fuerte, que hasta las costillas parecían embonar.

—¿Qué vamos a hacer? Ya es tarde para ir al cine..., dijo Nerim cuando él la interrumpió con torpes palabras que le salieron del alma:

—Amor, deseo despertar mañana a tu lado.

Nerim lo miró como quien solapa una bobería, le sonrió y le dio otro beso. Él había entendido todo. Eran cómplices de sus inquietudes. Subieron al vagón tomados de la mano, las puertas se cerraron y el tren arrancó.

Salieron de la estación Lozanía y la noche era extraña: un atardecer demasiado rojo que a la distancia dejaba ver una luna amarilla.

—Mira, —dijo Santiago señalado al cielo—, lo que pedí para ti, nena.

—¡Qué hermoso!

—Escuché en las noticias que la luna de hoy será nueva...

—Qué romántico, después de hacer el amor seremos

otros, como si nos renováramos...

—¿Cómo?

—La luna... ya sabes... no me hagas caso, estoy loca. ¿A dónde vamos a ir?

—Al Goya... nunca he entrado, te lo juro, pero siempre lo veo al regresar del trabajo. Además, es el mejorcito en esta colonia de mierda.

—¿Cómo se llama?

—Memorial de los Condenados.

Era la primera vez que caminaban rumbo a un hotel. Ninguno habló durante las tres cuadras que se alargaban con cada latido de sus jóvenes corazones. A la distancia vieron el anuncio luminoso. Nerim, no le sorprendió tanto la vejez del edificio como las prostitutas jóvenes y viejas, feas y bellas que estaban a los pies de éste, todas esperando.

«¿Aquí será mi primera vez?», silenciosas palabras explotaban en la mente de Nerim. Entonces vio frente al hotel un local de comida y de pronto se le ocurrió:

—¡Tengo hambre!, ¿y si entramos a comer algo?... es que hubo tanto trabajo que ni tiempo tuve de salir a comer, ya sabes cómo son esas cosas, cuando tienes que quedarte pues... Ni modo, —mintió Nerim para ganar tiempo, pero un extraño presentimiento le crecía en el pecho. «Y si buscamos otro hotel o lo dejamos para otro momento» ... pensó la joven, pero no se atrevió a decirlo.

Santiago aceptó y fueron hacia el localito. Él no tenía hambre, pero ni modo de coger con la panza vacía, ya en alguna ocasión lo había hecho con la Luza y fue una mala experiencia “pues sientes cómo las tripas se retuercen y se comen una a una y ya ni te concentras en lo que estás haciendo”, le comentó Santiago a su mejor amigo. En fin, Santiago empujó la puerta, el lugar estaba alumbrado por veladoras y sobre el mostrador, un cuerpo, a su alrededor, luctuosas mujeres plañendo y rezando.

—¡Está cerrado! ¿No saben leer o qué?, gritó una mujer con el rímel corrido.

—Disculpe... nos equivocamos, ya nos vamos, disculpe, —intervino Nerim apresurada y dio media vuelta jalando a Santiago. Salieron.

—Vamos a comprar algo a esa tienda. Qué extraño lugar. ¿Por qué usar un lugar de comida como velatorio? y...

—Y si mejor, lo dejamos para otro día, Santi. Qué tal si...

—Pero Nerim... Bueno, como quieras.

—¿Te enojaste?

—Déjame.

—No, espera. Santi, amor, espera. Está bien.

—¿Segura? Te quiero tanto.

Se dirigieron a la tienda de la esquina. Compraron dos sándwiches, un refresco grande y cinco cigarros sueltos. Santiago pagó y le empaquetaron su compra en una bolsa negra. Salieron. Cruzaron la calle en silencio y caminaron rumbo al hotel, cada uno iba tan ensimismado que no se dieron cuenta cómo la acera brillaba con la luz de la luna. «¿Nerim por qué no te vas antes de que sea demasiado tarde?» Escuchaba decirle su cabeza, pero su corazón le empujaba a seguir adelante, era como si la estuvieran llamando.

Santiago empujó la puerta giratoria del hotel, primero pasó Nerim, luego él, ambos sentían una rara sensación, mezcla emoción con miedo. El rechinido de la puerta estremeció la piel de Nerim.

—No soporto este ruido, dijo ella al tiempo que Santiago miró cómo se erizaban los vellitos del antebrazo izquierdo de Nerim.

Caminaron por el deteriorado y silencioso pasillo, alumbrado por un cansado candelabro que los guiaba hasta la recepción, en el cristal polarizado tenía pegado un letrero que decía: \$100 x hora o fracción y había otro con letras diminutas: \$160, la noche. Santiago iba a tocar la campanilla cuando detrás del cristal retumbó la anciana voz:

—¡Qué puntuales! Eso me agrada c/e los enamorados. ¿Cuánto tiempo necesitan la habitación?

—Toda la noche, dijo Santiago.

—¿Oíste al muchacho, Guacheché? Toda la noche... ¿Será verdad? Seguramente trae un fruto muy especial, ¿no es así?

Tras estas palabras se escuchó una perversa risa y el rostro de la anciana emergió del oscuro vidrio. El sonido de pasos hacía rechinar la alfombra. La pareja se asustó al ver acercarse a Guacheché, un enano monstruoso, con uniforme de botones que sonreía con malicia y miraba fijamente a Nerim. Ésta quiso decir vámonos, ya no quiero nada, pero las palabras se le ahogaron al verse reflejada en los ojos negros del enano y sintió una sensación de reconocimiento, como si lo conociera de

milenarios tiempos. Mientras tanto, Santiago pagaba y tomaba la llave.

—Guacheché, acompaña a los enamorados a su habitación, ya sabes... la especial.

—Sí, la especial. Siganme.

Guacheché caminó hacia las escaleras de caracol.

«¿Abajo?», pensó Nerim.

—¿Nunca habías visto un hotel hundido?, contestó el enano sin detenerse.

Nerim abrió sus ojos y su cuerpo se echó para atrás. «¡Qué loco!», pensó emocionado Santiago y siguió al mozo llevando de la mano a Nerim, quien volteó y logró ver la mirada lasciva y la risa maliciosa de la anciana detrás del cristal de la recepción. «Que tengas una buena noche, niña, la necesitamos», escuchó Nerim, aunque no percibió si la mujer movió los labios, pero la frase la oyó nítida como un murmullo en su oído. Nerim apretó la mano de Santiago hasta que sus uñas pintadas de azul se marcaron en los nudillos de él. Entonces el miedo de la joven se convertía en deseo que, de a poco le recorría su cuerpo hasta erizar sus pezones.

Bajaron tres niveles. Llegaron a un largo y angosto pasillo al que no se le veía el fin. De las puertas salían gritos, gemidos, risas, voces de hombres y mujeres bramando. Santiago se sentía como en una mala película porno de esas que veía en la soledad de su habitación. Sin embargo, a Nerim, esos sonidos le eran familiares.

Se detuvieron ante la puerta número 306.

—Aquí es. Hasta mañana, niña, dijo el enano paseándose la lengua por los labios sin dejar de mirar las piernas de Nerim.

—Gracias. Tome. Santiago le extendió un billete de \$20 a Guacheché, pero éste ya no estaba.

—Él se lo pierde, dijo Santiago guardándose el dinero y abrió la puerta, ésta se quejó con todo el peso de sus años. Por la ventana del fondo se filtró una luz, quizá de los faroles o de la luna, que le daba tonos claroscuros al cuarto y dejaba ver la cama matrimonial, un buró, un biombo de tres paneles que en su tela estaba la imagen de un quetzal devorado por un jaguar y en el techo un espejo azulado. Nerim entró tímidamente. Santiago cerró y a punto estuvo de encender la luz cuando Nerim dijo exaltada:

—¡No!... Prefiero que recorras la cortina y dejes que entre la luna.

Él obedeció. Dejó la bolsa negra con los vivieres sobre el buró y jaló la cortina, un hilo plateado entró e iluminó tanto la habitación como los ojos verdes de Nerim.

—Ven, dijo ella, al tiempo que lentamente se recostaba en la cama, provocando que la falda dejará expuesta, ante los ojos de Santiago, el color canela de sus piernas.

—Ven, insistió Nerim con una voz que no sonaba a ella, como si viniera de lejos, mezcla viento, mezcla inframundo.

Santiago, como enyerbado, se acercó y solo con poner su mano sudorosa sobre el muslo de ella experimentó un temblor eléctrico. Fue entonces que detrás de Santiago emergió, lentamente, la figura del enano, primero su rostro color obsidiana, luego sus ojos dorados fieramente clavados en los de Nerim y, cuando la siniestra de Guacheché tocó la espalda del joven, el enano se hizo humo, entrando por los poros de Santiago. Fue que la fatal metamorfosis se volvió a cumplir. Nerim no sentía miedo, ¿de qué?, si conocía desde siempre la imagen varonil que estaba ante sus ojos: cabello azul cobalto y piel obsidianamente tostada. Él la contempló. El piercing de la nariz la hacía ver más bella. De pronto ya no escucharon nada más que su respiración vestida de silencio, mientras las miradas de los jóvenes se reconocían, escucharon nítidamente los gritos, llantos, lamentos de placer de las putas del hotel que comenzaban a filtrarse por los poros de Nerim, invadiendo su virginal cuerpo; era como si ella fuera todas las mujeres que yacían con su hombre en las entrañas del Goya. Ni Nerim ni Santiago eran los mismos, ahora eran los eternos amantes dispuestos al sacrificio para cumplir con el rapto de Xochiquetzal.

Los jóvenes se abalanzaron como dos fieras enemigas. En la pelea, perdieron sus ropas. Se demostraban su pasión con caricias y besos, mordidas y rasguños. La mirada de Nerim estaba clavada en los ojos negros del hombre, éste la miraba sin dejar de alimentarse de los senos marrones de la mujer que se quejaba al sentir la prisión de los dientes en sus pezones. Ambos cuerpos en el equilibrio

perfecto se dirigían a consumir el rito. Nerim sentada a horcajadas sobre él, las palmas de sus manos sobre el pecho del hombre, su cabello lacio, largo y negro caía sobre su rostro. Nerim aceptaba, en medio de sus piernas, el ajeno trozo de carne que la sangraba. Gritos y pujidos y Nerim abierta; pujidos y gritos y Nerim introducida al dolor; suspiros entrecortados y Nerim llorando tibia sal; quejidos de placer y suspiros profundos como el furioso viento y Nerim recibía el aguamiel que chisporroteba del hombre que, poco a poco se iba pareciendo a Santiago, quien caía desmayado, al tiempo que Nerim se sentaba al borde de la cama con la sensación temblorosa en sus muslos. Entonces escuchó un ruido y observó al enano levantarse de la alfombra envuelto en humo negro. Guacheché le hizo la seña de silencio y salió del cuarto. Al poco tiempo los ronquidos de Santiago comenzaron a retumbar.

Nerim, envuelta en la sábana, descalza, fue al baño, abrió la llave de la regadera, sintió el agua fría caer por su cabeza y con los ojos cerrados sintió cómo, gradualmente, el agua se calentaba, no fue necesario abrir la fría. Lloraba y no sabía por qué, el agua corría por su cuerpo, llevándose la sangre aguamielada por la coladera. Su llanto silenció el ruido del hotel y parecía como si éste respirara, pues se veía cómo se inflamaban las paredes, sus cimientos crujían y un ligero temblor la asustó y cerró la llave. Después, solo silencio. Nerim salió del baño y experimentó una nueva forma de soledad. Miró la hora en el celular, era más de medianoche. Se recostó dándole la espalda a Santiago y se abrazó fetalmente, para calmar el ardor entre sus piernas.

A la mañana siguiente, cuando Santiago despertó y miró la hora, ya era tarde pero aún podía llegar a tiempo a su trabajo sin que le descontaran la hora. Vio a Nerim dormida, era hermosa con todo y su mal aliento que percibió cuando se acercó para decirle:

—Nerim, despierta, ya es tarde, tengo que ir a trabajar.

Ella despertó y trató de persuadirlo a quedarse, pero él sólo quería ir al trabajo, de lo contrario perdería los ciento veinte pesos que ganaba al día.

Se vistieron, vergonzosamente, sin mirarse. Salieron de la habitación y vieron a las mucamas limpiando. Una de ellas, la más vieja, le dio las gracias a Nerim. «¿De qué?», pensó ésta. Subieron las escaleras y todo se veía distinto pues

daba la apariencia de ser un hotel lujoso. En la recepción estaba una mujer como de treinta años, cabello negro, rostro moreno y ojos cafés tostado, quien sólo se dirigió a Nerim:

—La profecía se ha cumplido una vez más...

—¿Perdón?...

—Tu sangre virginal que vertiste en la coladera recorrió las venas del edificio y... tu sacrificio nos da vida.

—Pero...

—¿Hay cámaras grabando? La demandaré, interrumpió Santiago.

—Ya, Santiago, no importa. Salgamos de aquí.

—¡Vida!

Fue lo último que escucharon de la mujer, pues Nerim consternada, jalaba de la mano a Santiago hasta salir del hotel del que su lujosa fachada estilo art nouveau lucía como en sus mejores tiempos. «¡A chinga, pero si esto no estaba así!», se decía Santiago mientras contemplaba el nombre de hotel. Fue el momento en que Nerim vio a Guacheché barriendo la entrada. El enano la miró y ella se reflejó en sus ojos negros.

La joven pareja se alejó hasta perderse en medio de la multitud.

S E C R E T O S D E E S T A D O

por **Alejandro Ordóñez**

Caminó hasta el amplio camellón de la avenida, se sentó en la banca indicada y esperó paciente. Lo vio llegar, parecía traer prisa, se acomodó a su costado, colocó entre ambos el portafolios que llevaba. Parecía nervioso, su palidez, tono cortante de voz y aliento amargo lo delataban. ¿Listo? Viajarás a Moscú, te esperan en Lubianka, ya conoces las reglas del FSB, que su severidad no te sorprenda, los dobles agentes los han vuelto paranoicos. Viajarás con identidad falsa, no olvides destruir pasaporte y otros documentos que conduzcan al hombre que eres ahora. En el portafolios hallarás el boleto de avión para esta noche con destino a Moscú, nuevo pasaporte, una importante cantidad de euros y reservación del hotel donde te buscarán para concertar la cita.

Quedó confundido, no entendía el porqué de su preocupación, cualquier agente estaría feliz ante la perspectiva de un buen ascenso; sin embargo, dentro de su cabeza se habían prendido las luces de alarma. Sudaba copiosamente y le temblaban las manos. Había algo que no terminaba de convencerlo. Caminó como sonámbulo, sus pasos lo llevaron hasta la silla alta del bolero que aseaba a diario su calzado. Pásele mi don, escuchó el saludo acostumbrado, subió a la silla, dejó el portafolios a su costado. No sabía qué hacer. Había agentes con muchos más años en la corporación, amplia experiencia y confiabilidad a toda prueba, ¿Por qué a él que había estado en el ojo del huracán? ¿A él que había sido sospechoso de ser doble agente y cuya fidelidad apenas ayer estaba en duda? De pronto su mente se iluminó. Chasqueó los dedos. ¡Trampa, es una trampa!, repitió en voz baja, el bolero le dedicó una mirada inquisitiva, se

puso de pie intempestivamente y sin explicación salió caminando a toda prisa hacia una calle transversal. ¿Qué pasa? Se preguntó. A cada momento entendía menos. ¿En qué problema estaba metido? Sin pensarlo dos veces regresó con el bolero, el hombre -grandes aspavientos- hablaba por el celular; al descubrirlo salió corriendo como si hubiera visto al diablo. Trató de alcanzarlo, pero estaba gordo, viejo y fuera de forma. Jadeando, al borde del infarto regresó sobre sus pasos sólo para descubrir que un vago huía con su portafolios, rumbo al concurrido centro comercial. Se fue tras él. Imposible localizarlo entre esa multitud, salió a la calle, husmeó en los alrededores con la esperanza de hallarlo. Lo aturdió el ruido de la explosión, vio las enormes lenguas de fuego que se elevaban al viento, los edificios se estremecían y los cristales de sus ventanas caían como filosos cuchillos sobre los transeúntes que caminaban en las aceras. Pronto a los gritos de espanto se unieron los de dolor, con escenas capaces de conmover a los más indolentes. Reaccionó rápido, se quitó el abrigo y con él cubrió a una joven que corría, semidesnuda, tratando de escapar de las llamas que la envolvían. Recuperó la sangre fría, caminó hacia el incendio, vació sus bolsillos, arrojó el contenido al fuego. Se alejaba cuando recordó el viejo refrán: el asesino vuelve siempre al lugar del crimen, así que regresó al maremágnun en que se había convertido el lugar. A las sirenas de los vehículos de emergencia se unían los quejidos de las víctimas y los gritos de los voluntarios. Lo vio venir a lo lejos, su atención estaba concentrada en las tareas de rescate. Empuñó con fuerza una pluma de apariencia inocente. Se acercó cautelosamente por

detrás, eran tantas las personas congregadas que pasó desapercibido. Toco su espalda para llamar la atención; el tipo volteó, su cara de espanto dio cuenta del miedo que le dio ver a su costado al hombre que suponía muerto, a quien le bastó clavar el venenoso aguijón de la inocente pluma para que el tipo cayera fulminado.

Aprovechando la confusión se agachó como si fuera a auxiliar a esa pobre víctima lo que aprovechó para apoderarse del contenido de sus bolsillos, dentro estaba un sobre lacrado con varias memorias USB que contenían información sensible de los Estados Unidos, recabada por el doble espía.

Terminada la operación gritó con fuerza, ¡Un doctor! ¡Un doctor! Urge, tenemos un infartado. Se acercaron los paramédicos, le dieron respiración de boca a boca y masaje cardiaco, pero fue inútil. Se alejó lentamente, tomó un taxi, en lugar de ir a su departamento se dirigió a la Baticueva, como llamaba coloquialmente a su refugio de emergencia. Bajó del auto varias cuabras antes, siguió el camino a pie. Al llegar a su refugio tradujo la información encriptada que contenían las memorias, se sorprendió al ver el contenido; comprendió que la fortuna le sonreía, no desaprovecharía esa segunda oportunidad; prendió la chimenea, quemó sus documentos, salvo el pasaporte que le daría nueva identidad. Guardó el sobre que contenía las USB robadas al espía. Salió a la calle, abordó un taxi, pidió que lo llevara al aeropuerto, nervioso tocaba una y otra vez las USB que contenían información altamente sensible; buscó el mostrador de United Airlines, compró el vuelo que lo llevaría directamente a Richmond, Virginia, sede de la famosa Agencia Central de Inteligencia, su nueva casa. Estaba seguro.

Alejandro Ordóñez

Autor de nueve novelas, tres de ellas históricas; la primera, llamada “Cábulas”, fue editada por la editorial Plaza y Valdés y las más recientes, “Real de San Miguelito Arcángel” y “Fragmentaria”, disponibles en Amazon.com Ha obtenido diversos premios de cuento y novela; escribió guiones para el programa televisivo “La hora marcada”. Titular de una columna periodística en la que ha publicado cuentos, crónicas, artículos de opinión, análisis político y cultural, misma que se ha difundido por periódicos y revistas impresas, así como digitales; y editorialista en programas de radio. Actualmente colabora con la revista “Molino de Letras”.



Clothes can be misleading; people are too aware that they are a message they’re giving others about themselves. On the other hand, little gestures are not under so much control. So, by looking at how a person takes out their wallet and pays, or how they eat their dessert while thinking about something else, you can learn a lot about their true nature.

Now, most people don’t spend enough time watching each other, but since I work as a security guard in the food court of a mall, my job is to do just that. Therefore, I can’t help but “read people”. And my favorite person to read is “Hot Cheeks”.

That’s not her name, of course. And I wouldn’t want you to think of me as the kind of man who would refer to a woman using a crude surname. When I say, “Hot Cheeks”, I literally mean the cheeks on her face. They are not hot, of course, I can see that from my place, which is a few steps away from her favorite table. But she can’t spend five minutes without touching each of her cheeks with the back of her right hand, as if she were checking whether or not she has a fever. It’s like a ballet movement: first, her hand falls gently on the left cheek, and then it gracefully swings below her chin to reach the right one.

It’s some sort of tic. And I wish I could help her deal with it. So far, the only idea I have come up with is giving her a ring with a big stone, in order to make it uncomfortable for her to keep touching her cheeks. But I guess I would give her the wrong message if, all of a sudden, I showed up in front of her, with a ring, not even knowing what name to engrave on it.

Therefore, I’ve decided to give her a box of chocolates. She usually pulls out one chocolate out of her handbag once

.

she’s finished eating, she looks at both sides before eating it—as if she were about to cross the street—, and she puts it inside of her mouth. So, I’ve deducted two things: first, she’s not the kind of calorie-counting woman so common nowadays, and second, she feels guilty about it.

It’s a quarter before one, and the food court is almost empty. I take out a small chocolate box from my backpack and walk towards “Hot Cheeks”.

—Hi! My name is Walter Walter. My dad thought it was funny, but it makes introductions all the more difficult.

—I smile and she smiles back. I’m an ugly man, but I have a nice smile, and people usually like it when I widen my mouth.

—Now, I work as a security guard on this food court, and I’ve seen you come every day around this hour and so I know your tasty little secret: you like chocolates. And I bought you some. You know, to make your day a little happier. —I realize I’m talking too fast, but she’s just given me the “What kind of psycho are you?” look and, suddenly, my plan and the dialogue I memorized to introduce myself and give her the chocolate box seem like a bad idea, a stupid idea, the worst idea!

—Well, thank you. —She says, in a low, dry voice that makes me regret having aimed too high, as my dad says. But I’ve come this far, and the idea of my dad winning gives me new courage to stick to my plan.

—Can I sit with you for a couple of minutes?

—Yes.

—Listen, if you wanna have the chocolates analyzed to make sure I didn’t poison them, that’s fine... That was my ice breaking joke, but I guess it didn’t work.

—No, it didn’t.

—Listen.

—You’ve already said that, and I’m listening.

—Ok, I might be a fool and I promise I’ll be out of your life in a minute, but let me tell you something: you’re not sick. You don’t have a fever. You look healthy and beautiful, and whatever it is that’s upsetting you, or that you’re afraid of, you’re better than that. And, if you tell me your name, I will include you in my prayers, because, so far, I only know you as “Hot Cheeks”, and that doesn’t sound good when I’m praying to God.

—“Hot Cheeks”?

I was about to explain to her how I had come up with her surname, when my supervisor, AKA “The bug who wants to be stepped on” arrived.

—Is this man bothering you, miss?

—Actually, yes.

—Mr. Walter, would you mind coming with me?

—No, thank you.

—Mr. Walter, come with me to my office, now.

I stood up. Hot Cheeks, whose eyes suddenly had a metallic quality, pushed the chocolate box away from her.

—I don’t want these.

—That’s fine. But I’ll still pray for you.

I saw her puzzled face for a second, before the Bug pushed me backwards with his arm.

—Now, miss, we’ll be glad to pay for your meal as an apology for this inconvenience.

—Thank you, sir. I had a couple of baked sandwiches and a cup of coffee. —Then she added, quickly glancing at me— The order is under the name Alice, Alice Woods.

And then my supervisor took me away, like a dung beetle would do.

*

Alice always felt a slight shivering whenever she entered the dean’s office. It smelled like the consulting room of Doctor Pritchard, where her father used to take her.

The Dean, Mr. Villeneuve, was the kind of person whom you would never see with a crooked tie or a loose button on his shirt. Alice would have sworn that he was born with

.

a three-piece suit, and even though he must have been twenty in the turbulent year 1968, he seemed to be unaware of the sixty’s turmoil, the evolution of rock, and the sexual revolution.

It was precisely because of the dean’s age that Alice was here. Mr. Villeneuve was about to reach the mandatory retirement age for the dean’s position. Alice was the most likely candidate to succeed him. And this meeting was the prelude to the public blessing he would give his successor on the autumn academic summit, the following week.

Alice had been a student of his, and since those days, she had done everything to be considered for the position. She had always been responsible, fair, incorruptible, efficient, innovative, and friendly. (Those were the adjectives she would use to describe herself in the unavoidable, upcoming interviews.) She was ready.

Of course, at 25, she was too young to be a dean. However, the regulations had changed, and age was not a requirement anymore to occupy the dean’s position.

So, this office, with its heavy curtains and its dark wood bookcases, its leather armchairs and its art deco lamps, would soon be occupied by her. And she would remove all that and substitute it with something more akin to her youth.

—So, Alice, be welcome. —Said Mr. Villeneuve, with a calculated smile. —I asked you to meet with me today to tell you how delighted I am with the work you’ve done through all these years. That’s why it is my joy to offer you the position of admissions officer at our beloved university.

Alice felt as if the whole office began to slowly slide to the right, and she had to grab the arms of her chair.

—Admissions officer?

—Were you expecting another position?

—Well, yes. I was expecting to be considered for the dean’s office. You know, we spoke about it several times. And we never said anything about the admissions office.

—Doesn’t it please you? The pay is actually higher because you get a bonus every time you reach a certain number of new students.

—But I’ve done all my work in the academic division. I don’t know anything about the admission processes.

—I acknowledge that. Nevertheless, I am so mesmerized by the management abilities that you’ve displayed as my assistant, that I have no doubt that you will be able to handle the mechanics of the admissions office. No doubt at all.

Alice took a long breath. Then, she slowly stood up. She felt her cheeks burning, and so she checked them with her hand before taking another long breath and making eye contact with the dean. She felt suffocated inside her purple, turtleneck sweater. And it was only because of her pencil skirt that her legs didn’t tremble. If the job of her dreams was going to be taken away from her, she had to know why.

—And who is going to be the new dean, in that case?

—You know that’s confidential information.

—Listen, Mr. Villeneuve. —Alice paused for two seconds, to let him acknowledge the fact that she had just raised her voice, after years of unquestioning obedience. —This is unfair, and you know it. Now, I can accept it without a fight, but you have to tell me your reasons. Otherwise, I will oppose your decision by all means possible, including the legal ones.

Alice’s hands were cold, and her throat suddenly felt dry. Someone else would have dismissed her threats, but Villeneuve —and this Alice now realized— was a mouse dressed in the lion’s garments.

—Solus stultus quaerit laedi. —He said in his perfect Latin.

Alice knew he was trying to make her lose her balance. But she recovered quickly.

—Yes, I am a fool asking to be hurt. Now, please, proceed.

Villeneuve pulled out his pipe from a drawer, prepared some tobacco and began smoking. After a couple of smokes, he spoke in a soft voice.

—You were the best candidate to succeed me. But your attitude during the singular months of the health emergency raised many doubts.

—My attitude?

—You continued doing remote work for several months after the rest of the faculty had returned to their labor here,

at the campus. You made yourself noticeable for asking for extreme sanitary measures from whichever visitor who entered your quarters. And you still display that irritating gesture of incessantly touching your cheeks. In other words, you don’t have the psychological strength to sit yourself on this chair. It is no joyride, you know? Not a week without someone demanding the impossible, and someone else requesting exactly the opposite. When someone doesn’t threaten you, they try to buy you. You wouldn’t last a second here. So, dispel the mist of your aspirations and accept reality. You should be grateful that I’m offering you the admissions office... There, that’s the truth you wanted so badly.

Alice looked to the floor, feeling as if she were shrinking in that suddenly huge chair. Then she looked at the desk which would never be hers and, for the last time, imagined her name on a golden desk plate.

—I was afraid. And I’m still afraid. I lost near and dear people to this surreal evil that came from the other side of the world. And I was hoping for you —and all the others— to behave a little more empathically with me. You think of yourselves as the very best: wise and civilized, while, actually, you’re nothing but a bunch of snakes fighting over a fat rat. But that’s not the worst part of it. What really makes me mad is that you’re afraid, too. You’re also shitting on your pants, and you’re not brave enough to admit it!!

That scream —the first for the past thirty years inside that office— resonated for a few seconds.

—This is no place for yelling, Alice. Please, dismiss. I will still consider you for the admissions office, as long as you promise to keep your distance from this office, that is, from me and my successor, and only if you agree to receive pyschological therapy.

—Thank you for your magnanimity, Mr. Villeneuve. But I have decided not to set foot in this university again.

The bliss of unemployment comes every day around noon. You have all the time in your hands while the rest of the world is busy studying, working, fixing the world, having a vulgar affair, or preparing the next political

manifesto, which will burn democracy as we know it. The sun is too bright to indulge in binge watching, overeating, or joining the evergreen tradition of losing yourself in the ocean of self-pity. And the pending bills and the is-this-what-life-is-all-about? complaints seem as distant as the years when you didn’t have to care about money.

Alice loved the fact that the park was almost empty at that hour, so she could wander around without jeopardizing social distancing, a dogma to which she still adhered. “And that doesn’t mean I’m one of those jerks who hate people, it’s just a matter of hygiene”. She always justified herself with that statement, even though she said it to herself, since there was no one around to listen.

She sat on a bench and sighed. Sunny and charming as the day was, she still missed her job at the university. Not that she regretted the way she acted in her interview with the dean, but dignity is a severely devaluated currency. And so, she would occasionally consider herself a fool, someone mistaken about the very foundations of life.

She looked slowly around, as if her eyes were a camera taking a 180° shot. She was about to finish the take when she saw the security guard from the food court.

—Alice! Alice Woods in the woods!

The man approached the bench.

—I know the joke about Woods and woods wasn’t funny, but I had to try it.

—What are you doing here? Did you follow me? —Asked Alice, arching her back, like a cat about to defend itself.

—Oh, no! That would be terrible. I got fired, that’s all.

—I see. Are you going to...? You know, take revenge on me.

—What? No, of course not! It’s just that I saw you and decided to fulfill a cherished idea.

—You are going to take revenge.

—I’m not! I’d like to join you on the bench, that’s all.

—Go ahead, then.

There were a few seconds of silence between them. Near and far, a few birds were singing. Alice and Walter were looking at the grass, varnished by the yellow sun, indifferent to the human drama, big and small, that has always populated Earth.

—Why don’t you hate me?

—Because I have a crush on you.

—You shouldn’t say that.

—I don’t see the point of hiding the truth. Actually, I believe that if we all said the truth, life would be unbearable at first, but later, we would understand each other better, and, perhaps, we would end up overwhelmed by mutual love.

—Wow, that’s amazing!

Walter smiled widely and turned to her with a little jump.

—Do you like it? It’s not my idea, actually. Some Spanish author who hated almost everybody said it over a hundred years ago.

—But how can that be?

—Well, sometimes hate is proportional to disillusioned love. And, sometimes, a woman who got you fired later provides you with pure bliss, by sharing a few lovely minutes in a park bench with you.

Despite her training about the battle of the sexes, Alice blushed a little, and smiled, and felt something like a hot zip of coffee warming her from the inside.

—I got fired, too. Well, I quit. Well, it was unfair.

—I’m sure it was.

A squirrel got into a bush and produced a hushing sound.

—Aren’t you going to say anything else?

—Well, you lost your job, big deal! As I see it, you lost the small world, but you gained the big world.

—I think I understand what you mean.

—Of course, you do! You’re smart and I’m no genius.

Now, listen. I’m having a great time, but experience has taught me that I should leave before you remember that I’m ugly.

—Ugly and unemployed.

—And with a ridiculous name.

Walter stood up, as to confirm that he was, in fact, everything on that list.

—Now, I might not see you again, dad’s right and I always aim too high. But I don’t want to leave without telling you that I’m extremely proud of you.

—For what? For being unemployed?

—You might have lost your job, or quit, or whatever. But you haven’t touched your cheeks since I’m here. I was right to say you’re stronger than whatever was bothering you.

—Well, you’re also better than you think. You might be an ugly man, but you’re the kind of ugly man I’m willing to spend an afternoon with. You’re not aiming too high with me.

—Are you asking me on a date?

—Yes, I am.

—I don’t know. I have to ask my mom.

—Oh, come on!

—Well, it’s a date, then.

And then, this story turned into another story, which then turned into another story.

Álvaro Sánchez Ortiz (Ciudad de México, 1977) es licenciado en Letras hispánicas y en Filosofía, egresado de la UNAM, con mención honorífica, en ambos casos. Asimismo, realizó el diplomado en creación literaria de la SOGEM. Es autor de Telúrico (UNAM, 2018), obra ganadora del concurso de Ediciones Digitales Punto de Partida, en la categoría de cuento. Se ha desempeñado como profesor de literatura y de teatro.



REAL DE SAN MIGUELITO ARCÁNGEL

NOVELA ANTI HISTORICA

Navegando siempre hacia Occidente, desafiando todos los peligros existentes, el valiente, el temerario, el heroico Cristóbal Colón llegó a las Indias. ¡Bendito Dios!

La novela nos retrata la vida en la Nueva España y las travesías del Nuevo Mejico a España, una vez consumada la conquista, nos guía a través de los defectos y virtudes de lo que estamos hechos los seres humanos: la codicia, el odio, el engaño, el honor, la lealtad, el erotismo, el amor, la vida, la muerte, los héroes, los villanos, al final todos mortales; patrones que se repiten desde los tiempos más remotos hasta nuestro días, historias, leyendas, anécdotas, cuentos que se transmiten de generación en generación a través de los abuelos, de los tatas, de los patriarcas, de los jefes del pueblo, de padres a hijos, que dan origen a los pueblos, a las culturas.

“pueblo aguerrido acostumbrado a defender sus derechos con uñas y dientes, donde sin distinción de sexo se lucha a muerte antes que dejarse vencer”

Fue George Orwell el que alguna vez diría “la historia la escriben los vencedores”. De Real de San Miguelito Arcángel, novela antihistórica ¿Quiénes son los vencedores? ¿Quiénes son los vencidos? Los conquistadores, los conquistados, Malitzín, Malinche, El capitán Santiago de Benavente, la tribu perdida, los españoles, la nueva raza mestiza, Don João Costa, Cristóbal Colón, el Rey Carlos, Moctezuma, la Reina de Portugal, Doña Jimena, Don Jacob, los tatas, El Duque de Gandía, el Papa Clemente VII, la santa iglesia, la santa inquisición.... Personas reales, personas ficticias que viven la esencia humana, que crean la historia y la hacen nuestra.

Real de San Miguelito Arcángel nos envuelve con el aroma del chocolatl, el sonido alegre de panhuéhuets y chirimías, el horror del ruido generado por los cuerpos humanos rodando por las escalinatas después de los sacrificios humanos, la tensa calma chicha en medio del mar, los lujosos y ostentosos palacios, las selvas, los puertos, los navíos, las minas, el brillo del oro, al final siempre el oro.

“Entró a la catedral de San Miguel Arcángel, se estremeció al conocer la historia de la tribu perdida y ver de cerca las facciones de esos indígenas inmortalizados en el monumento a los fundadores, están ahí los niños, mujeres, ancianos y hombres jóvenes, cuyos rostros reflejan el miedo y la esperanza propia de los que ignoran si van en busca de la libertad o de la muerte”

Jose Luis Pérez León

EN VENTA POR AMAZON.COM



HABLEMOS DE LIBROS

“Morir en la arena”

Leonardo Padura

”

Por Marilú Ricalde

Mi opinión acerca de la Fiesta Brava es intrascendente, solo decir que el espectáculo en particular no es lo máximo, aunque por incongruencia he participado en la fiesta en varias ocasiones. Señalo esto como preámbulo, dado que el título “Morir en la arena” me reflejo a ese toro protagonista de una corrida cualquier tarde de domingo, ese toro que decide darse por vencido después de varias estocadas para terminar su vida con esa espada fuerte y dura que cruza cada órgano de la bestia que dio el espectáculo.

Sin embargo, el libro no tiene nada que ver ni con los toros, ni con los toreros, ni con corridas; pero sí con las letras de un excelente autor.

Lo que hallé en cambio, fueron hombres y mujeres que rondaban por el sexto piso. Los protagonistas coincidían de cierta manera en el tiempo que viví, nacimos en los años sesenta, nuestros mundos muy diferentes, pero sí marcados por un hilo de unión. México y Cuba siempre han existido como hermanos, como antagonicos, como cómplices, como ayuda y como amigos. Ambos países fueron testigos de sus propias ideologías y el destino los enfrentó a diferentes situaciones.

Nada más actual que Cuba, todos esos focos de atención puestos en la pequeña isla. Todas esas duras medidas que encarcelan más y más a la diminuta tierra y a sus habitantes. La postura mexicana de ser ayuda “humanitaria” surtiendo el petróleo para calmar las necesidades básicas de los cubanos arraigados en la isla.

Las fuertes medidas imperialistas que castigan con rigor a quienes ayudan con el propósito de ahogar a esta tierra hasta darse por vencida.

Este libro debe leerse ahora. Los apagones cada vez más frecuentes han sido perfectamente documentados en las escasas películas del mundo cubano y en los medios de comunicación. Las carencias de comida y suministros están muy bien contadas como una denuncia, pero también para marcar el entorno real que viven los lugareños.

Una Cuba en crisis, donde la pobreza, la escasez y la corrupción son el pan de cada día. Donde la revolución ha fracasado en su promesa y donde la sociedad se encuentra sumida en la desesperanza y la resignación. Situación que al principio de los sesenta se veía o se pretendía mostrar como la puerta hacia el progreso. Hacia una economía en crecimiento y a un mundo de oportunidades. La gente lo creía y se lanzaba a esa creencia como la cura a las injusticias del mundo capitalista. Aquí me enteré, confieso mi ignorancia, de la participación de soldados o civiles cubanos en la guerra de Angola. De los intercambios culturales y educativos con los bloques socialistas. De la satisfacción que muchos jóvenes vivían al ser seleccionados para continuar sus estudios en Rusia, y de las oportunidades para escapar del régimen pero que muchos rechazaron por miedo o por apegos.

“

Leer a Padura es un regalo para los amantes de la literatura, pero también para aquellos que están despertando está afición. “Morir en la arena”, relata la condición humana. Habla de las familias y del cariño. Del amor y la traición. De los sueños y anhelos. De la violencia y carencias. De ideologías. De progreso. De estancamiento. De debilidades. De amistad y confidencias.

Los personajes reflejan lo que somos y de como con nuestras limitadas herramientas logramos avanzar. Son ejemplo de la generación que creció en la revolución y que se enfrentan en la adultez a una dura realidad explorando la complejidad de la sociedad cubana contemporánea.

Los rostros de Rodolfo y Nora reflejan el peso de sus pasados y las cicatrices de sus emociones. Rodolfo viene cargado de tristeza, culpa y desesperanza.

Nora, a su vez, tiene una mirada de resignación con un destello de esperanza.

Quizás así se siente Cuba: desalentada, pero con el optimismo de poder salir de la paralización y del régimen y ser ese lugar que alguna vez fue. La isla lo merece. Su gente más.

Leonardo Padura

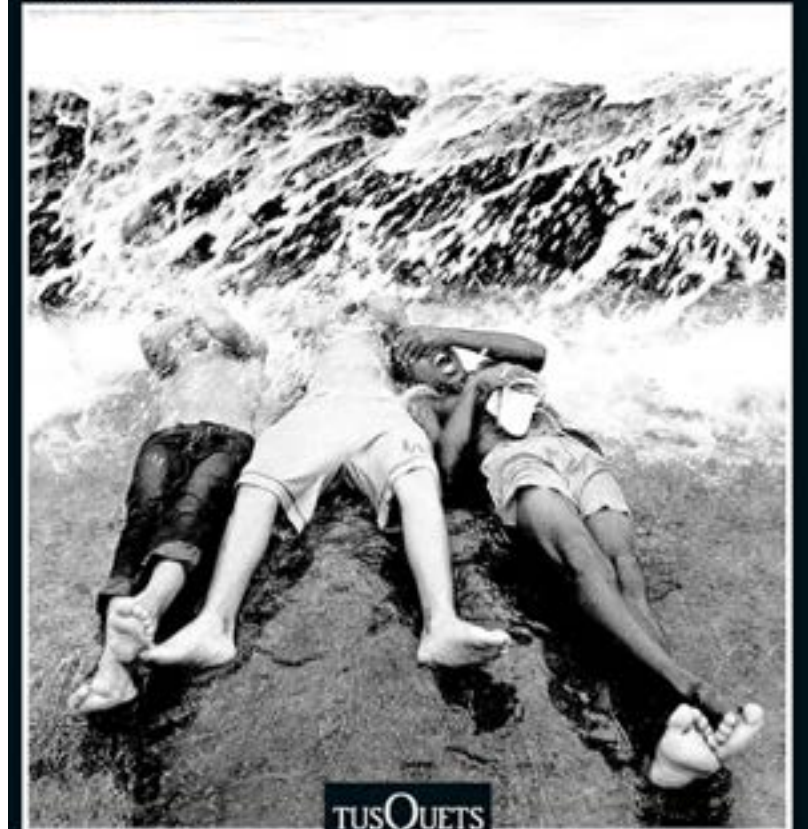
Nació en La Habana en 1955. Periodista, escritor y guionista. Estudió Literatura Latinoamericana en la Universidad de La Habana y comenzó su carrera como periodista en la revista El Caimán

Barbudo. Ha escrito más de 30 libros, incluyendo novelas, cuentos y ensayos. Ha recibido numerosos premios, incluyendo el Premio Princesa de Asturias de Letras en 2015. Padura es conocido por su estilo literario que combina la crítica social con la exploración de la condición humana. Vive en La Habana, en el barrio de Mantilla, donde ha ambientado muchas de sus novelas.

Algunas de sus obras más destacadas son “Máscaras”, “Paisaje de otoño”, “El hombre que amaba a los perros” y “La novela de mi vida”.

Leonardo Padura MORIR EN LA ARENA

colección andanzas



Marilú Ricalde Es una amante de las letras. Nacida en CDMX curso la licenciatura en Contaduría Pública para darse cuenta más tarde que su verdadera profesión son las letras. Estudió en Casa Lamn y hoy sigue estudiando el oficio de escribir en varios talleres.

CELULOIDE EN LLAMAS

La ególatra búsqueda de la inmortalidad II

por Italo Ruas

La historia de “Frankenstein” ha sido adaptada en múltiples ocasiones, provocando que la obra de Mary Shelley (1797-1851) se diluya en una estética gótica, en dónde su criatura se transforma en un monstruo destructor de la vida, con una envidia, odio y rencor desmesurado, hacia la humanidad. Sin embargo, la nueva adaptación de Guillermo del Toro recupera toda la esencia romántica de la novela, esto se debe a que la narrativa mezcla elementos del poema “Las peregrinaciones de Child Harold” (1812-1818) de Lord Byron, en donde a través de los viajes de un joven, notamos su naturaleza melancólica y su desilusión por la decadencia social en la que nos sumergimos a lo largo de las épocas. Es justamente la tercera etapa de la película, que exhibe la visión muy particular de las experiencias de la criatura, donde sus reflexiones nos llevan a reconocer su ingenuidad y pureza; es el mundo alrededor de ella que contiene fuerzas benéficas y maléficas en constante contradicción, sin embargo, su mirada virgen le permite encontrar un sentido práctico en la adaptación de estos conceptos, marcándolos dentro de la naturaleza misma de todo ser vivo. Por otro lado, escapar de la persecución de cazadores lo lleva hasta un molino, en donde encuentra la sabiduría del anciano y es durante esta etapa en la cual descubrirá sus sentimientos y emociones más profundos. En la escena doscientos veintidós, en el minuto ciento ocho, existe un principio Darwiniano descrito por la acción de la criatura, ésta se encuentra leyendo “Ozymandias” (1818) encima de una viga y en cuanto termina baja como un mono colgándose, para luego caer encorvado en el suelo y poco a poco erguirse cual homínido desarrollado; esta figura escénica, hace alusión a nuestra evolución humana y es gracias a la literatura como desarrollo del arte, que nuestra especie evoluciona en la intención de convertirse en humana. El soneto de Percy Shelley (1792-1922) se inspiró en Ramsés

TACHES Y TACHONES | 19



II y su soberbia al creerse eterno, justo el castigo y la carga más pesada de la criatura. El anciano lo ilustra para reconsiderar cada palabra de las lecturas, invita a la criatura a leer “El paraíso perdido” (1967) de John Milton (1608-1674), esta referencia viene directamente en la novela de Mary Shelley, un diálogo profundo a la comprensión del ángel caído. Todas estas lecturas, son los pasillos en donde transita la criatura, para alcanzar el cuestionamiento de su existencia, un enfrentamiento entre la creación y su creador. En medio de este viaje a la consciencia, el guía se hace presente, el anciano ciego en la historia muestra los caminos para el despertar de la criatura, una imagen muy similar se presenta en la “Odisea” de Homero, en donde Demódoco, símbolo de la poesía, despierta en Ulises todas sus emociones y recuerdos reprimidos, para brindarle así un vínculo estrecho entre la novela y los mitos antiguos, toda relación entre lecturas poéticas, filosóficas y religiosas, las cuales nos invitan a analizar nuestro paso por la mortalidad.

La integración entre los símbolos a lo largo de la película, nos brinda una amplia discusión sobre las similitudes que existen entre nuestros relatos antiguos y modernos, como

el arcángel Miguel se relaciona con el Titán Prometeo y a su vez, con la figura del ángel caído, Lucifer. El nombre de Miguel se presenta como “¿Quién como Dios?” y es quién ayuda al creador en su creación, al igual como el guardián del Edén y guía de la humanidad, es en todo esto que se relaciona con Prometeo, ya que también se identifica como un protector de la humanidad. Sin embargo, su otra cara como el ladrón del fuego y por ende, el promotor de la rebeldía contra el creador, muestra la semejanza con Luzbel, quien tienta a Eva para comer del fruto prohibido, brindarle razón a su existencia y así provocar que Adán cuestione a su creador:

“¿Acaso te he pedido, Hacedor, que de esta arcilla me hicieses hombre? ¿Yo te he rogado que me alzases de las sombras?” (fragmento del “Paraíso Perdido” de John Milton).

Y es así como la criatura dentro de la novela y en la adaptación de Del Toro, construye su cuestionamiento hacia el Doctor Frankenstein, convirtiéndolo en ese hombre pequeño e insensato que creyó estar por encima de los dioses. En otro principio igual de relevante, el Titán es encadenado en el Cáucaso, donde un águila devora su hígado que se regenera todas las noches, haciéndosele un castigo eterno debido a su inmortalidad. El águila se asocia con la imagen de San Miguel arcángel, ya que en algunas figuras podemos verla vencer a Lucifer, al representarse como una serpiente, una lucha entre lo espiritual y lo terrenal. Bajo todos estos elementos, se haya la figura de ese hombre que ahora impedir el dolor que nos trae la muerte, Victor Frankenstein toma la flama para fracturar el ciclo de la vida y alcanzar la inmortalidad, ese deseo se traduce en un nuevo dolor, ya que las consecuencias de nuestros actos se convertirán en el perpetuo castigo de nuestra existencia.

Cuanto más añoramos la inmortalidad nos olvidamos de nuestra imperfección, caminamos en las sombras de nuestra ignorancia, sin comprender que en el pulir de nuestros actos y viajar a lo más profundo de nuestro ser, se revela el sentido primordial de la creación.

Ítalo Mario Ruas Arias.

Director cinematográfico.

Dentro de sus múltiples actividades realizadas en el mundo de la cinematografía destacan:

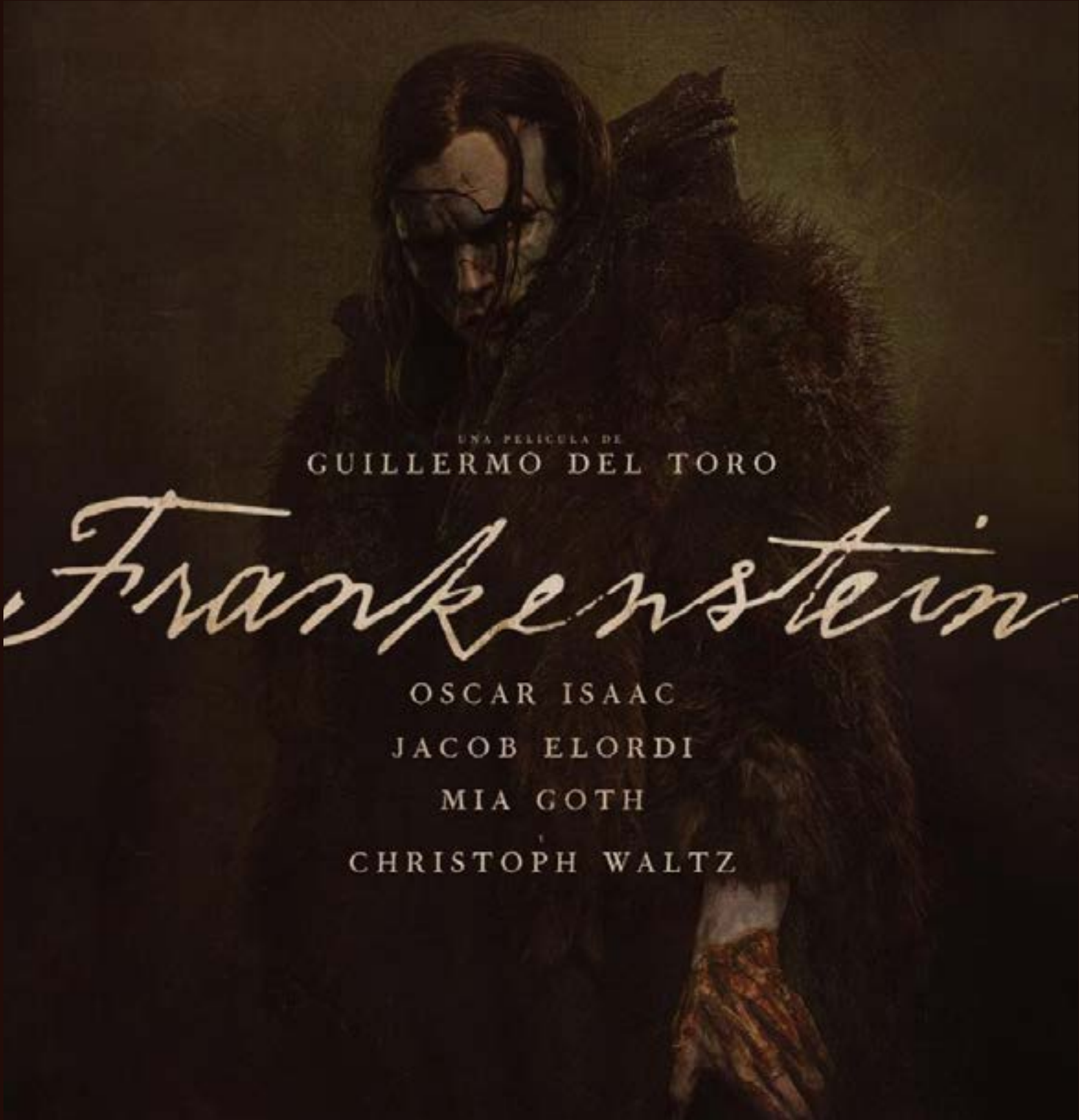
Desde el año 2020 coproductor del proyecto “Telemática cultural”, para la difusión de la cultura, en México y países de habla hispana, cada semana transmiten conferencias virtuales sobre cuestiones de humanidades. De 2017 a 2020 implementó y dirigió un espacio cinematográfico y con alianza de la Cineteca Nacional y otras distribuidoras, realizó la curaduría cinematográfica de más de 200 películas, incluyendo el estreno de la película Roma y los cortometrajes del Festival de cine de Morelia.

Su cortometraje “Papalotl” participó en varios festivales de cine y fue selección nacional en Rusia por Green Vision XII International Enviromental Film Festival 2017, dicho cortometraje obtuvo diversos galardones y mereció elogios en festivales de Portugal, México y España.

Desde hace catorce años es docente de distintas prestigiosas universidades, como la Universidad Anáhuac y otras. Durante varios años fue director de comunicaciones en el Centro Universitario CUIH, y para la casa productora Punto de Idea realizó diversas actividades como fotógrafo, camarógrafo, asistente de producción, y otros, para la producción de diversos videos.

Desde el 2005 es director de cine independiente y ha elaborado diversos videos comerciales y cortometrajes, entre los que destacan: Juego de rol, de Kieven Herrasti; El Payaso y Lindé, ambos de Mariana Gómez y ha asesorado diversos proyectos estudiantiles de cine en la Universidad Iberoamericana.

Finalmente es de mencionar que desde 2007 imparte cursos de apreciación cinematográfica, en los que se entablan diálogos con el público, que abarca la historia, estética, técnica y los discursos filosóficos de obras cinematográficas, así como el reconocimiento de los directores y su trascendencia en el medio.



“LA MEDICINA PREHISPÁNICA” DE CHÁVEZ MORADO

por Ana Lourdes Ross Aguilar

Hoy hablaremos de José Chávez Morado, excelso pintor participante de la tercera generación de la Escuela Mexicana de Pintura; en 1954, el arquitecto Alejandro Prieto le solicitó al pintor efectuar dos murales acerca de la medicina entre los antiguos mexicanos, dentro de los laboratorios Ciba de México. Al pertenecer a la iniciativa privada, el mural no podía ser observado más allá de quienes acudían a la empresa, por hallarse dentro de sus instalaciones; ubicado al lado del Metro General Anaya, hoy puede apreciarse en la nueva plaza que se instaló en su lugar.

En la sección que da a la calle, el mural se encuentra precedido por un gran dios de la muerte recargado sobre su estera o petate; Mictlantecuhtli alumbra con su antorcha a un grupo de dolientes, una mujer postrada, hombres que caminan agachados, uno reclama mirando al cielo, otro hincado se cubre el rostro, dolido. ¿Quién ha muerto? ¿A quién se ha llevado la muerte a sus dominios? Tal vez la mujer tenga la respuesta entre sus brazos.

Sin embargo, es dualidad, como suelen serlo las deidades mesoamericanas, y la parte derecha de la representación de la muerte es Quetzalcóatl en su faceta de Ehécatl, el viento, que contiene en sí el conocimiento, la creación y la vida. Su mano sostiene la flor del conocimiento, y debajo un individuo lleva una vasija; se aproxima un danzante con sus atavíos, máscara y sonaja; su movimiento es fascinante, las luces y las sombras nos marcan su ritmo, su cabello suelto y el faldellín de piel de

ocelote dinamizan la escena, que es el preámbulo hacia los médicos en el extremo izquierdo del paño, que atienden a una mujer que, en brazos del sanador, recibe un líquido vital. Este muro realizado en piedra y mosaico, ensamblado por bloques, muestra la habilidad de Chávez Morado para la expresión monumental entre las dimensiones de las grandes deidades duales que muestran sus caminos sobre la humanidad proclive, la cual recibe a cambio, la ciencia para contrarrestar la enfermedad. Por eso Quetzalcóatl se prolonga a través de los colores azul y verde que están debajo de él, y se convierte en el cuerpo de una serpiente que se desglosa hacia la esquina, da la vuelta y nos conduce al muro detrás, al interior del espacio que es hoy una cafetería con el logo de una hoja de maple. La cabeza de la serpiente emplumada está hecha de forma esquemática, en relieve que destaca sus fauces con colmillos y su ojo lateral rojo.

La superposición de planos en este muro es muy interesante, puesto que se hayan entremezclados como franjas desde el cielo a la tierra, pasando por los volcanes de la cuenca del Valle de México y la laguna de Texcoco que nos acerca a diferentes escenarios. Desde el pequeño muro de la izquierda, podemos observar en la parte inferior a Chalchiuhtlicue, deidad con cabello turquesa que alimenta dentro de una cueva las aguas calmas y los ríos, purificadores y sanadores, en los que se han sumergido una mujer y un niño, y a la que se aproximan un joven y un anciano. Las plantas a través de sus raíces nos conducen

hacia la zona superior donde se reitera el sentido de la purificación del agua a través del temazcalli, el baño de vapor ritual prehispánico; afuera, parecieran esperar cuatro mujeres bajo un cielo cargado de nubes, oscuro. Al pasar al muro más grande, el cielo se vuelve naranja rojizo; desde la izquierda y bajo una luna llena resplandeciente está una efigie de la diosa Chicomecóatl, de la fertilidad y el maíz, que sustenta y se vincula con la agricultura. Lleva las mazorcas en las manos y su tocado es el amacalli, una casa de papel. Debajo de ella, un caballero felino recibe ayuda de un hombre que alivia su pierna. La escena inferior es la de un personaje frente a un brasero con una olla hirviendo, donde deposita elementos, quizás para crear una poción sanadora.

La imagen siguiente es la representación de un cerro con diversidad de plantas endémicas que son visitadas por otros personajes: de abajo hacia arriba hay un plantío de magueyes, al pie del cual una mujer amamanta a su hijo, mientras un hombre extrae el aguamiel; arriba, dos personajes más recogen flores. El conocimiento de la herbolaria para la cura de las enfermedades se representa en esta etapa, a través del vincular el uso de las plantas con propiedades medicinales, su relación con la cosmovisión a través de la diosa y la presencia del agua, siempre purificadora y signo de la salud.

La siguiente etapa relaciona la práctica de la medicina con la religión. Sobre una pirámide se halla un tzompantli, o un muro con cráneos, frente al cual se muestra el sacrificio, la ofrenda de los dioses con el corazón en manos de uno de los oferentes; a un lado, músicos con flauta y teponaztli, y del otro, frente a un brasero, un hombre punza el cuerpo de un personaje con espinas de maguey, mientras a su lado otro hombre con tilma le proporciona una cura a un hombre sedente. Debajo de esta escena se encuentra una personificación de Ehécatl-Quetzalcóatl, lleva su tocado de papel, el dije de caracol cortado y la máscara bucal en forma de pico, que ofrece a un grupo de personas diversos abalorios, quizá amuletos o elementos de sanación; hombres, una anciana que lleva una iguana, y otra mujer que impulsa a su hijo a acercarse, se aprestan. Por último y directamente sobre la cabeza de la serpiente, tiene lugar

un parto, y bajo la mandíbula del ofidio, se hallan bultos mortuorios con sus ofrendas. Hay así, una iconografía muy rica que, con un realismo virtuoso, escenifica en diversos elementos los contrastes y etapas de la cosmovisión prehispánica en relación con la medicina y sus conocimientos. Frente a la dualidad de la vida y la muerte, el cielo y la tierra, el día y la noche, discurren los ciclos del nacimiento y el entierro, la enfermedad y las etapas de la salud que se proporciona desde la práctica religiosa, siempre vinculada con la experiencia y sabiduría acerca de la naturaleza y sus bendiciones en el mundo prehispánico. Esta pintura hecha al fresco, es una exquisita muestra de la habilidad del guanajuatense José Chávez Morado para transmitir lo trascendental como digno representante del Muralismo mexicano.

Ana Lourdes Ross Aguilar

Es licenciada en Ciencias Humanas en la Universidad del Claustro de Sor Juana, estudió las bases de dibujo y pintura para aproximarse más a fondo a la teoría y la crítica artística, a través del conocimiento de materiales, técnicas y elementos formales.

Cursó una maestría en Historia del arte en la UNAM, se dedicó a la docencia de arte, a dar conferencias y visitas guiadas por las rutas del centro histórico, a la enseñanza de la historia, a la investigación, a la coordinación y elaboración de los editoriales de un Boletín; se graduó posteriormente de la Maestría en Arte Contemporáneo en México y con estas bases diseñó, junto con una colega, un Museo Itinerante sobre el concepto del Arte Moderno y el Horror desde la perspectiva filosófica.

Durante ocho años llevó la Dirección Académica de un Centro Universitario, en el Estado de México y, finalmente, por su labor docente le fue concedido el Doctorado Honoris Causa por el Colegio Internacional de Profesionistas.

Cuenta con experiencia de más de 21 años como docente ante grupo en diplomados, licenciaturas y posgrados; actualmente se desempeña en la Universidad Virtual Anáhuac, con trayectoria de varios años, donde desarrolla y es docente en diplomados de teoría e historia del arte universal.



TACHES Y TACHONES

Estamos invitando a cuentistas, poetas, reseñistas, ensayistas, músicos, pintores, escultores, fotógrafos y anexos de la comunidad internacional, para que se incorporen a este esfuerzo, en el entendido de que conservarán sus derechos de autor y de que todas sus colaboraciones aparecerán con su nombre.

Si te interesa por favor ponte en contacto con nosotros o envíanos tus trabajos a la dirección tachesytachones@gmail.com donde con mucho gusto y respeto serán revisados por el comité editorial y de ser aprobados se publicarán en número subsecuentes.

Muchas gracias anticipadas por la atención que nos brindas.

Taches y tachones

Aviso de gratuidad.

Taches y tachones es una publicación de circulación gratuita, elaborada por un grupo de amigos con el único y exclusivo propósito de divulgar las letras y las artes, razón por la que no persigue fines de lucro y por ende carece y carecerá de ingresos, porque hasta los avisos comerciales son gratuitos; tampoco tiene erogaciones y los esporádicos gastos que lleguen a presentarse serán sufragados por los administradores de la revista, con cargo a su propio peculio.